

MARIANA SAYNES

HASTA EL MÁS PEQUEÑO
DE MIS HUESOS

MLM

EDITOR
2022



FOTO: MARCELINO CHAMPO

MARIANA SAYNES

MARIANA SAYNES

HASTA EL MÁS PEQUEÑO
DE MIS HUESOS

MLM
EDITOR

2022

Hasta el más pequeño de mis huesos

MARIANA SAYNES

Imagen en la tapa, de JENNY

Diseño y tipografía: Manuel López Mateos

Información para catalogación bibliográfica:

Saynes, Mariana

Hasta el más pequeño de mis huesos / Mariana Saynes

x-35 p. cm.

Producido en México

<https://mishuesos.mi-libro.club>

Prólogo	VII
Desde el centro oscuro	1
Algo me grita el mar	2
Una disculpa no es otra cosa más	4
A dónde te llevaste mis ojos huérfanos	6
Debo cantar una canción	8
Darán las seis de la mañana	9
Entiérrate espina	11
Mi cuerpo tiembla	12
Madre, madre	14
Apretar con los puños el dolor	16
Es posible que vaya a llorar	18
Qué tristeza ser un fantasma	20

Por primera vez no tengo ropa sucia	22
No puedo decir que me duele	24
No me rompa, padre	26
La mirada de Caleb	27
Habría que decir	30
La densidad de un polvo extraño me cubre los ojos	31
Te enuncio	32
Llevo en la sangre una niña	35

Prólogo

Ser las muchas voces, siempre

El cuerpo nunca está solo. En realidad el cuerpo está siempre en relación. Esta frase puede ser un ejercicio vano, quizá; resalta algo que de entrada sabemos bien o podemos dar por hecho, pero vale la pena pensarla con cuidado: el cuerpo está siempre en relación, obviamente desde su formación, pero obviamente también en su entorno, no hay otra manera de estar en el mundo más que en relación.

Sin embargo, en ese cuerpo relacional, la voz, tanto física como poética es un instrumento que ayuda a re-conocer la multiplicidad de vínculos con personas humanas, no humanas, con el espacio que habitamos, incluso —o sobre todo— con las fuerzas de la naturaleza. Encontrar las voces en nuestra voz nos conduce a este pensamiento: no somos una sola persona, por pura lógica material y existencial. Hacia adentro, el cuerpo “propio” también está en relación; es bien sabido que nuestro organismo existe y funciona gracias a otros organismos. El cuerpo humano tiene células humanas pero también células no humanas, de esta manera arrojar las preguntas existenciales de siempre: quién soy o qué hago aquí, podrían ser unas preguntas a reformular. Somos muchxs, no solo por nuestra ancestría sino por la forma en que esas otras presencias sostienen o tejen sus vidas con la nuestra.

En un sentido de multitud quiero leer las voces que cruzan por el libro de MARIANA SAYNES, o ¿será más pertinente decir las capas? Un libro de poesía es de muchas maneras un cuerpo-territorio, está delimitado por zonas construidas a partir de la memoria, la invocación o la evocación. Hasta el más pequeño de mis huesos es un libro-búsqueda, un libro-contacto, un libro-relación, un libro-memoria, un libro-espacio. La voz que escribe-guía comienza en su principio situado en la entraña misma:

Desde el centro oscuro
y ardoroso de la Tierra,
lanzo mi grito a todos
los miserables oídos sordos

Una voz que emite su voz con la fuerza de una célula madre, una palabra que genera una escritura que duda y duele, pregunta y despliega una historia de un cuerpo en relación con otros cuerpos; no es posible asir lo que no fue cuerpo nos dice a todxs esa voz que en su potencia indagatoria construye distintas estaciones (cada uno de los poemas) que conforman este libro.

En algún momento, previo al hueso, esta colección de poemas tuvo una relación espacial, otro nombre y otra vía, ubicada en un valle de lágrimas. Ese arquetipo espacial que se lee también como un territorio alambrado por el referente religioso que describe simbólicamente el sentido de la vida. Sin embargo, este valle que habita la voz de este cuerpo firmante bajo el nombre MARIANA, se toca con aquel primer referente y al mismo tiempo se distancia estableciendo o renombrando otras territorialidades, a partir de sus propias preguntas. En este valle de lágrimas personal hay dolor pero también encuentro y significación, cavernas y grietas para habitar, paisajes abiertos que permiten al cuerpo expandir su propia indagación, investigar y reescribir su relación de manera continua.

Pienso en esta colección que abarca 20 poemas sin título, solamente numerados, como un peregrinaje: este andar por el mundo/ como extranjera, caminando a ciegas. ¿Es este poemario una especie de ascesis pagana, un rito de pasaje que se ocupa de explorar en el lenguaje una serie de resonancias y conjuros?

Estoy consciente que todas estas palabras hacen mi propio mapa relational con los poemas de MARIANA. Pueden ser, no una guía sino una manera de respirar siguiendo a esa(s) voces, o una búsqueda de sincronicidad, un caminar juntas brevemente en este peregrinaje que a veces es duelo o que a veces es tocar el mundo en su forma primera. Esta ruta puede ser un punto de partida o una instantánea: es pararse frente al libro como una sucesión de gestos, trazos, ecos.

Lo que ahora continúa es el principio del recorrido de cada lector por este sinuoso territorio relacional.

Una voz tibia te aguarda, déjate llevar por ella, lo que dice, significará.

MÓNICA NEPOTE

2022

¡Dejen que la tormenta estalle con toda su fuerza!
Máximo Gorki

I

Desde el centro oscuro
y ardoroso de la Tierra,
lanzo mi grito a todos
los miserables oídos sordos

II

Algo me grita el mar
estoy segura
pero no le entiendo.

¿Qué le dice el mar al aire?
¿En qué lengua le habla,
desde el fondo de su vientre,
su mítico pueblo de hijos olvidados?
¿A su llanto de algas y ballenas,
quién lo consuela, qué oídos,
qué manos, besos,
qué suspiros?
¿Por qué, pues,
 pierden las olas la arena
entre sus débiles manos:
tierno dolor de espuma,
rostro salitre que llora.

En su honda existencia,
el mar es cristo:

de siglos atrás viene cargando
cruces hirientes de vapor, carne y vela,
cínicos ojos y cínicos cuerpos,
cínicos versos, cínicos versos...

Dijo dios en su cinismo:
“hágase la paz sobre la tierra”
y se olvidó así el mar,
quedó callado,
apenas gime
en su abandono
su insondable calvario.

III

Una disculpa no es otra cosa más
que lanzarse al vacío
para que el viento
cincele la pena.

Dis cúl pa me

Arroja mi alma a todos los pozos sin fondo
porque no pude curar tu nombre.
Muchas sombras nublaron su luz,
algo como Alba
no podrá deletrearse nunca
en un vaivén de fulgores

No es posible asir lo que no fue cuerpo
y nunca ocupó ese insistente lugar en el espacio.
¿Puede alguien venir a recogerme?
¿Puede alguien cercenar el agua helada de mis ojos
y enterrarla en los imposibles
oídos de Dios?

Misericordia

Devuélvanme al vientre de mi madre,
háganme silencio eterno,
refúgienme en la mirada ausente
de quien ve caer un vaso de cristal
una hoja,
una piedra,
una moneda,
un cuerpo,

esa ausencia
háganme

IV

A dónde te llevaste mis ojos huérfanos,
en qué momento nos descubrimos
abandonadas por nuestros ojos.
Hemos visto la herida abierta de la otra,
nos sabemos eclipsadas de sombras,
nuestros cuerpos permanecen distantes
pero yo poseo tu mirada desnuda,
tu rostro incrustado en los espejos
que me observan espantados.
Yo tengo tus pies, es mío tu camino,
lo sé, lo siento.
Ando a solas el trazo de tus pisadas,
es tuyo el cuerpo de esta sombra que se duele
y estamos atadas del alma
como dos niñas solitarias
y esa aliteración es un error,
nuestra infancia quedó destrozada
tiempo atrás,
porque tú eres mi madre,
porque yo soy tu huérfana

y el vínculo se hizo trizas
en la blancura ciega de tu muerte.
Tu muerte: el inicio de un mal sueño
del que nadie
ha podido despertarme

V

Debo cantar una canción
que rompa las cuerdas de mi voz.
Algo debe llenar el vacío de mi vientre,
algo debe romper el silencio atroz que me
encapsula.

Cristal sobre cristal.
Bóveda callada.
Todo debe volver al crack sonoro.

Fisura,
ardor,
rumor de viento incontrolable:
¡aprieten el botón!

Vibren mi lengua,
mi laringe mortuoria,

h ú n d a s e
mi abdomen
en el sonido de la luz

VI

1

Darán las seis de la mañana
de este lado del mundo.

Alguien va a despertar temblando de frío,
helados los ojos, el aliento, las uñas.
No habrá cobijas.

2

A las seis de la mañana, se asoma el alba,
famélica luz que se extingue, presta,
con el fuego del sol comiéndose el mundo.

3

Serán las seis,
mis ojos no se han cerrado en toda la noche,
el rumor de la luz petrifica
mi alma sentenciada a la muerte.

4

Yo nunca espero
las seis de la mañana.
Mi madre me ha dicho
que es la hora de la muerte:
los ojos del cielo se abren para verte.

5

Alguien ha cruzado el río a las seis de la mañana.
De este lado del mundo, la luz comienza a devorar.

VII

Entiérrate espina
hasta lo más hondo.
Rómpela, tritúrala, desángrala
y no salgas si no es para avisar
que la carne ha muerto.

Los gusanos tienen hambre

VIII

Mi cuerpo tiembla.
No puedo pararlo.
Tiembla a veces, sin previo aviso,
tiembla cuando tengo miedo,
cuando algo se ha metido a mi cuerpo
y saca de mis entrañas
las gotitas que soy,
las gotitas que no inundan,
que no humedecen,
que no rocían ninguna frente

Las saca
como si fueran las primeras gotas de sudor
que estorban,
con un sencillo ademán de manos.
Así

Tiembla la herida hormiga que soy.
A punto de ser aplastada,
se oye el estruendo.

Los truenos abren el camino
y tiembla mi cuerpo
como quien es sacudido
para escarbar los pulsos
y revivirlo.

Pero ahí me detengo,
en el suspenso...

Nunca he sabido si voy a vivir
o si ya he muerto,
y si ya he muerto,
no hay relojes para anunciar la hora.

Otro temblor

IX

1

Madre, madre:

¿Tus oídos muertos pueden escucharme todavía?

En la lejanía del pasado,

ese lugar que ya no me pertenece,

ahí donde estás ahora,

¿puede llegar este llanto a tus oídos?

¿Dónde voy a dejar caer mi cuerpo adolorido?

¿Dónde mi frente limpiará su vergüenza?

¿Quién tiene para darme tus brazos

cuando solicite consuelo?

¿Por qué ya no hay respuestas

para estas preguntas necias?

Madre, madre,

no me rompas de amor

con esta orfandad con que me abrazas

Madre,

al amanecer se irán los fantasmas de tu cuerpo.
Dímelo.

Dime que me van a envolver los brazos cálidos del mundo,
que bastarán para llenar la ausencia de los tuyos,
dímelo.

Dime que mi frente volverá a sentirse amada por otros besos

aunque no sean tuyos,
que el frío abandonará mi cuerpo
cuando despierte,
que ya no me dolerán tus ojos olvidados
en algún rincón de esta memoria
a la que ya no perteneces.

¿Y tu voz?

¿Estará en la mía
y abrazará mi alma cuando cante,
al fin?

Dime algo, pues, que aclare la niebla,
consuela esta herida abierta que soy desde tu partida.

Dime que no morí contigo.

Anúnciale a este cuerpo que sigo viva,
dile que vibre, que pulse, que sea luz,
que ya es hora de sentirnos,
pero no nos castigues
con esta tercera pulsión de muerte

X

Apretar con los puños el dolor de las teclas que se
cuelan por mis venas,
desde ellas hasta las uñas de los dedos
que quieren abrirse una y otra vez dolorosamente,
que quieren sangrar las letras sueltas,
las palabras que no se dicen en mi boca.
Aquí, adentro, muy adentro,
en el pozo oscuro de mis penas,
aquí donde habita el hoyo negro
con sus fauces abiertas y sus muros de infinito.
Aquí, donde se traga todo mi ser,
donde se atora la muerte con mi cuerpo putrefacto
y se atraganta de mí que nunca fui,
que nunca pude ser Alba,
que nunca pude ser algo,
que nunca vi la luz el día de mi nacimiento.
No hay más remedio.
Voy a despertar en la muerte,
voy a cerrar los ojos y al abrirlos, veré el silencio;
voy a sentir la nada recorrer mis pulmones,

a besar esa cosa terrible que es la muerte.
Desde siempre, mi cuerpo nació muriendo,
esto que ven los ojos ajenos
es un muerto en el lugar incorrecto.
Un bulto sangriento arrojado de las entrañas de una
madre
a quien nunca pude pertenecer.
Ambas lo sabíamos,
nacimos para mostrarle al mundo su destino:
la muerte.

XI

Me pregunto si seré la única que sabe antes de tiempo que va a llorar en tal medida.

Mientras más sea el dolor,
más aguda será la tristeza.
Cuando se acompaña de jaqueca,
quiere decir que no sólo mis ojos llorarán,
gritarán mis vísceras,
el aliento se me helará.
Mis uñas habrán de rasgar el piso.
Rugirá mi sangre

como león hambriento.
Estallará el volcán
y la lava fundirá mi cuerpo
en una ira imborrable e imparable.

Todo será bruma.
Arderé en mi voz que será como millones.
Habré de citarme una vez más con las
lágrimas.
Escurrirá mi pena
y no habrá hombro ni regaños,
ni “te lo dije” que me consuele.

Besaré el suelo otra vez.

XII

Qué tristeza ser un fantasma en pleno siglo XXI,
donde todos son tan creyentes
y aún así te ignoran
porque eres de esos fantasmas
que hacen los ruidos más comunes,
los más desapercibidos.

Qué tristeza, Jesús.
Qué tristeza, Manuel,
terrible tristeza, queridísima Julieta.
Porque ni los fantasmas de tu clase
me hacen el más mínimo caso.

Tal vez soy la más olvidada de todos
y me hacen un favor
con el suave terciopelo de su silencio.
Esos oídos tercos todavía no escuchan
mis aullidos.

Me he quedado
con la mano tendida por casi un siglo,

pues no supieron estrechármela
cuando me planté cara a cara,
creyeron tal vez que los rozaba el viento.

Ahora podría hablarles al oído
y espantarían al osado mosquito de mi boca.
Qué insolencia la mía,
cómo me atrevo a desafiar sus miradas.
Más seguro vislumbrar
la insaciable silueta del aire.

Así que mientras afilo
mis largas e invisibles uñas,
pienso en la vaga posibilidad,
de que tal vez
se asombren al escuchar
el traste viejo de mi corazón
que se rompe.

Soy un Fantasma siglo XXI.

XIII

Por primera vez no tengo ropa sucia.
Las únicas dos prendas no merecen lavarse.
Para qué, son sólo dos
y esos retazos de tela que son,
no merecen limpiarse.
Usted dirá que por qué no.
Le explico.
Hay mucho mundo
como para gastar tantas jícaras de agua
en dos retazos de tela.
Así de simple. No pregunte más.
Pero por qué, me dirá usted.
Pues bien, esos pedazos de tela
apenas se asoman por el bote de ropa sucia,
parecen fetos acunados en el útero,
pequeños asuntos de cinco centímetros
arrojados a la cilíndrica fosa común.

No hay caso, no vale la pena
adelantar el parto ni tapar la fosa

para tanta pequeñez.

Es todo.

Cuando se mueren los muertos,
lo único que queda es llorarles de lejos,
como una memoria olvidada,
porque eso son estas prendas:
una memoria olvidada
de mí misma
después de la psicosis

XIV

No puedo decir que me duele tu ausencia.
Pero me duele.
El hecho de que no estés me provoca ansiedad,
me hace sentir vulnerable.

Hemos callado tantas cosas
ahora que no estás
y las callamos
cuando estabas también.
Las fuimos olvidando,
como te estamos olvidando a ti,
mamá.

Todos aquí gritamos tu nombre,
como aquella vez que no nos hiciste caso
y queríamos tu abrazo
y nos entregaste tu espalda.

No quiero decir
que me duele tu ausencia,

pero me duele
hasta el más pequeño
de mis huesos.

XV

No me rompa, padre,
no me rompa,
corra el filo de la orfandad
a otras pieles que no sean mías.

XVI

La mirada de Caleb me descompone el cerebro:
sus ojos pequeños atraviesan mis ojos y pareciera
que veo el futuro en ellos.

mis brazos se abren para recibirlo
y para soltarlo.

¿Qué juego es el de la memoria?
¿Cómo le caben tantas imágenes,
olores, gemidos a un pedazo
de materia gris que se espanta de todo?

Caleb aprende a decir “chichi”,
dice “titi” y se arroja
a los pechos de su madre
para saciar el hambre.

Nunca había pensado
en el mecanismo del cerebro
hasta que nació Caleb.
Somos maquinitas que almacenan

besos, los ojos de mamá,
el sabor de la sangre,
el olor de un cuerpo lleno de formol.

Algún día acumularemos tanta
información que se nos olvidarán
los ríos que cruzamos, el olor
de las hormonas, antes, durante
y después de hacer el amor
(que es como le llaman los poetas al sexo).

Se nos van a olvidar los labios
que vemos cuando nos hablan bajito,
el sonido de los aviones,
el escondido trinar de un pájaro
que ha llegado a espantarnos
a la puerta de la casa.
Se nos olvidará el mundo.

El disco duro de nuestra memoria
se quemará de tanta información.
Hemos vivido tantas eternidades.
Eso será morir, me imagino.

De pronto el balbuceo de Caleb
me despierta,
señala al perro de la casa y yo lo llevo,
nos aproximamos a él.
Yo le digo “perro” y señalo al perro.
Los dos nos quedamos observándolo

y enmarcamos en nuestra mente
el sonido intenso de ese cuerpo
parado en cuatro patas.

Una información más se anexa
a la memoria
que habrá de romperse
en próximas eternidades

XVII

Habría que decir,
por última vez,
que este andar por el mundo
como extranjera,
caminando a ciegas
por ciudades ajenas;
este arrojarme a las
hambrientas fauces
para rasgar mi carne
sólo para jugar con ella
como quien desprecia
el plato del día,
este gran abandono de mí
—aun en el umbral de mi creación—,
este esquivo destierro
de siempre
sólo me sirvió para morir

XVIII

La densidad de un polvo extraño me cubre los ojos
y oigo un ruido lejano,
bestias metálicas gimen y devoran
los restos de un pueblo herido.

¿Quién mandó poner estas planchas de piedra en
el piso?

¿por qué no encuentran mis dedos
la certidumbre de las paredes
mientras tiento el silencio?

Me han quitado cuatro meses,
pero me quedan las manos extendidas
a la espera
mientras llueve.

Siento rostros iguales a los míos
y tengo miedo
y tengo fe
tan fuertes
como escombro

XIX

Te enuncio.
Digo tu nombre
como si extendiera en mi boca
las alas de un pájaro negro
que cruza el Atlántico
y tú no lo sabes.

De noche,
el pájaro se queda en tu ventana
y sueña contigo,
te dice que está cansado,
te besa el sueño
y parte al alba de regreso a mi casa.

Aquí le aguardo,
le limpio las plumas,
le pongo alpiste y agua
en dos jícaras de barro
y leuento de nuevo
las cosas que hago

mientras no estás
y te pienso.

Nada puede quitarme
la mirada tus ojos gitanos
ni siquiera el vacío,
su centrífuga
caída
en la que me aviento
como si fuera lo único
que debo hacer en esta vida:
arrojarme al precipicio.
Ahí, mientras caigo al infierno,
aparecen tus ojos,
me dicen “ven”,
me abren sus alas
y las sigo.

Sólo tú detienes el ruido
que me espera al final,
hasta ahora
no ha tocado mi cuerpo
el estruendo del piso,
hasta ahora mis ojos
se sostienen
de la memoria en la que habitas
y dices mi nombre,
como si dijeras “vuela”
y vuelo contigo
y un pájaro negro

sale de mi boca
y se aleja del abismo
hacia la superficie
y cruza de nuevo el océano
y te dice “estoy cansado”,
tan cansado,
que se le olvida
que también quería decir
“te quiero”

XX

Llevo en la sangre una niña.
Alguna vez vistió mi piel
y me llevó de la mano
a jugar en el ombligo de la Tierra.
Alguna vez, mas no ahora.
Un día,
asumió la soledad



El duelo es un cuervo negro que se sale volando de nuestras bocas. Es extraño, duelo quiere decir dolor por la muerte de alguien y también quiere decir combate. MARIANA SAYNES enfrenta, en este libro, la memoria, la infancia y la muerte. Todo es grito en esta serie de poemas, es espanto y asombro ante la vida que ha sido arrebatada, ante un cuerpo muerto que se niega a morir. Hay un fantasma presente en el pasado que observa y escudriña, que se aparece en los otros y los revela tal y como son. No se puede engañar a la tierra, al mar, al cuerpo, al cuerpo que se hinca ante el espectro de la verdad. La poesía, que es lenguaje en libertad, describe, define y canta en la boca de SAYNES, perturbándolo todo, conmoviendo su casa, gimiendo por un mundo que se ha tragado su corazón

CARLA FAESLER

M_LM
EDITOR